

Sueño taciturno: Odilón Redón

Quisiera recordar y detenerme un momento en la obra del artista francés Odilón Redón (1840-1916), uno de los pintores decadentistas que ha despertado la admiración de muchos a lo largo del tiempo. Su obra es mágica y tiene el poder de transportarnos de la realidad que vivimos casi todos los días a un mundo nuevo y diferente, a otro tiempo y otro espacio que se vinculan con los nuestros, pero que pueden ser mucho más profundos y sensibles. Sus pinturas son una expresión del espíritu que, con tristeza, evade y transforma lo más insípido de la realidad en el silencio de figuras fantásticas. Bajo esta premisa, podemos apropiarnos e identificarnos con ellas y encontrar nuestra propia historia.

Redón vivió una época que se vio afectada por las transformaciones que atrajo la industria. En la sociedad francesa de finales del siglo XIX se opusieron dos tipos de mentalidad: por una parte existieron quienes se anclaron en lo simbólico, y por otra, quienes creyeron en la lógica positivista. En este contexto, los simbolistas y decadentistas se sintieron agredidos por la modernidad y produjeron un tipo de arte ideista (*sic*) y subjetivo, un tipo de arte opuesto al realista.

La obra de Redón rebasa y se pierde entre los límites de estas dos corrientes del pensamiento. Inspirado en los sueños y la fantasía, al mismo tiempo que en la lógica y en la industria, nuestro artista creó obras que se disipan entre lo onírico y la vigilia. Alejó la mirada de las situaciones miserables que se vivieron en Francia a fines de siglo e imaginó un escenario que perpetuaba lo que había dejado de existir artísticamente: cíclopes, arañas, personajes literarios, mitológicos y religiosos, así como elementos de la naturaleza.

Redón tomó como escenario el campo que había sido abandonado y lo adornó con eventos imaginarios. En su primer álbum de litografías, *Dans le Rêve* (1879), aparecen sus primeros protagonistas: un renacuajo, un cíclope, arañas antropomorfas y otros seres que formarían parte de un cuento. En estos dibujos, hechos en blanco y negro, aparecen seres híbridos que se confunden entre lo animal y lo humano, pero también entre lo mecánico y lo orgánico. *La flor del pantano* (fig. 1) y *Ojo-Globo* (fig. 2) son sólo un par de ejemplos. La luz de la primera imagen no es artificial, sino que emana de la cabeza de un hombre que es el fruto de una planta. Por otra parte, la ingeniería que permite la elevación de un globo en la segunda imagen no es el calor producido por una máquina, sino un ojo gigante que mira más allá de donde nosotros, los espectadores, podemos ver.

Redón interconecta con la naturaleza antes que con la industria, pero también expone lo que supuestamente sería malo y desagradable como algo bueno y bello: un cíclope no es un monstruo que amenaza y da miedo; por el contrario, tiene una mirada bondadosa y sonríe. Nos encariñamos con el personaje y comprendemos su inocencia y su existencia como una criatura de la naturaleza. De igual manera, una araña (fig. 3) no es una figura que se asocia con el mal y con lo espantoso, más bien, es un animal sencillo y puro y que, así como los humanos, tiene sentimientos y llora. Redón encontró belleza en lo que supuestamente fuera terrorífico, subvirtió el estereotipo de lo horrible, cuestionó el concepto de lo malo y encontró que lo feo también puede resultar bello. Todo depende de la mirada subjetiva de quien lo perciba. Para él, la naturaleza es bondadosa, y nos

la m
que
I
alg
noc
pal
lóg
qu
lito
a o
sile
pos
y d
4) p
pin
apa
cua
dic
Íca
per
ser

ma
me
tisi
pri
llej
cie
gin
de
esc
y s
ser
cor
olv
tra
un
me
ció
qu
inc

▲
4

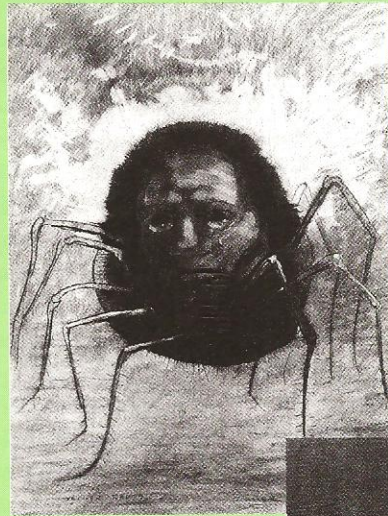
la muestra a través de un mundo ambiguo en el que colores, formas y texturas emiten sonidos.

Regresando a las imágenes, notamos que en algún punto Redón dejó de lado las imágenes monocromáticas y le dio más vida y variedad a su paleta cuando comenzó a pintar personajes mitológicos, bíblicos y literarios. No obstante, al igual que en los animales y seres antropomorfos de sus litografías en blanco y negro, en estas imágenes a color (en pastel y óleo) no hay sonido, sólo el silencio de un ambiente que acoge el momento posterior al fracaso o a la muerte de los tristes y dolientes personajes. Interpreta a *Ofelia* (fig. 4) pero ya muerta, quieta y yaciendo en el agua; pinta una parte del mito de *Orfeo* (fig. 5), quien aparece con ojos cerrados y al lado de su lira, la cual toca debido a la pérdida de su amada Eurídice; interpreta su propia versión de la caída de Ícaro, detrás de la luna llena y con una mirada perdida; retrata a Pandora y Parsifal, pero como seres solitarios sin algo que decir.

A lo largo de toda su producción plástica, Redón mantuvo una constante actitud de humor pasivo y melancólico. Logró unir el sentimiento decadentista de los *Poetas malditos* con la literatura más primitiva de los mitos paganos. También pudo llegar a un punto medio entre el pensamiento científico y el mundo de los sueños. Si nos sumergimos en su obra, pensamos que su arte es un tipo de arte débil y doliente, con figuras, escenarios y escenas insólitas que producen sueños sombríos y sentimientos mortíferos. Delata el carácter del ser afligido, del hombre que anhela conectarse con la naturaleza enferma y perdida debido a su olvido y a la industrialización. Podemos encontrar en estas imágenes silenciosas del siglo XIX una vía para sumergirnos en el mundo de nuestra mente. Redón supo poner en evidencia la situación del hombre que ya no quiere ver, que ya no quiere caminar y que, cansado, todo le resulta indiferente. ●

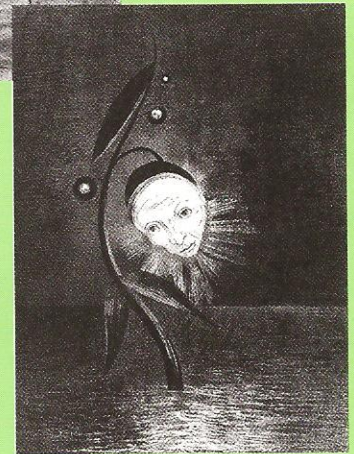
FICHAS TÉCNICAS:

1. *La flor del pantano*, rostro humano triste, carboncillo, 27.5 x 20.5 cm.
2. *Ojo-Globo*, 1878, carboncillo, 42.2 x 33.2 cm.
3. *La araña que llora*, 1881, Litografía, 49.5 x 37.5 cm.
4. *Ofelia*, 1905, pastel, 50.5 x 67,5 cm.
5. *Orfeo*, 1898, pastel, 69 x 56 cm.

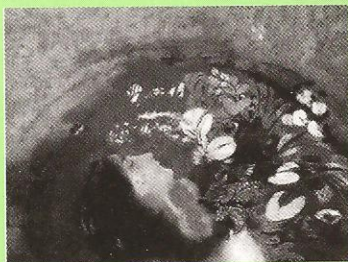


▲
3

▶
1

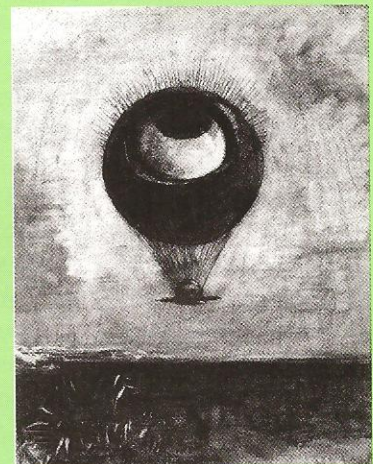
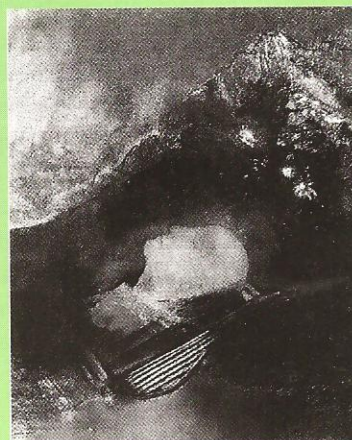


▼
2



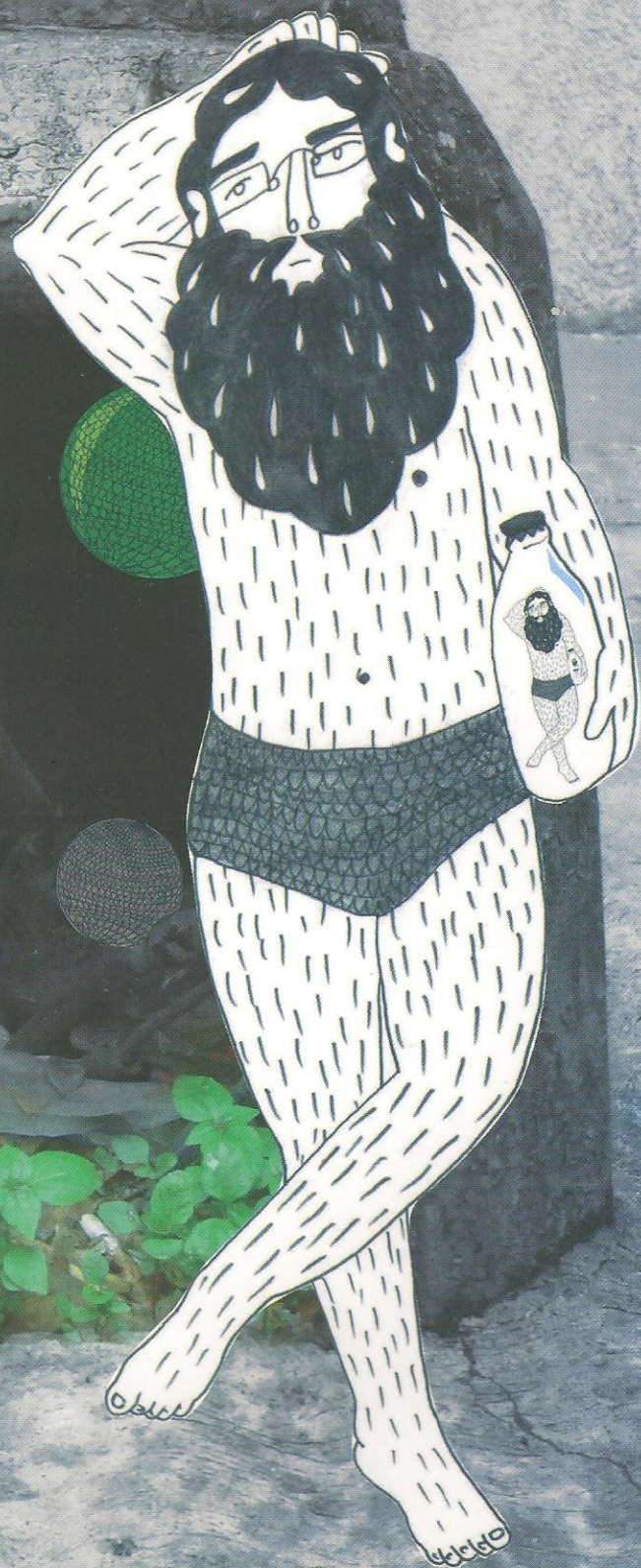
▲
4

▶
5



Lenguaraz

año 5 número 19 verano 2009



literatura
para no leer

